

La trata de esclavos cristianos

Un tráfico de seres humanos en el Mediterráneo durante la Edad Moderna

José Antonio Martínez Torres



Colección: Biblioteca Básica de Historia Director: Joaquim Prats i Cuevas,

Catedrático de Didáctica de la Historia.

Universidad de Barcelona

Coordinación editorial: Jesús Navas Edición: Carmen Fernández Picatoste

Diseño: Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

Edición gráfica: Elena Achón

Maquetación: Seshat, producción gráfica y visual y Verónica Fdez de la Sierra

Corrección: Miguel Ángel Alonso

Ilustración: Arturo Asensio y Gracia Artigas

Cartografía: Rosario Regaño

Departamento gráfico: Juan Carlos Quignon, Paz Franch, Miguel Díaz Rullo, Rafael Sombría, Miguel Ángel Castillejos

Créditos fotográficos: Age Fotostock, Aisa, Album, Archivo Anaya: (Candel, C.; Cosano, P; Martín, J.; Peña Tejera, G.; Redondo, M.; Ruiz, J.B.; Sánchez, J.; Steel, M.), Biblioteca Nacional, Madrid (pág. 80) Biblioteca de la Universidad de Sevilla (pág. 46 (sup.), 96, 102, 106), Cordon Press/Corbis/TopFoto, Index, Museo Nacional Colegio de San Gregorio, Valladolid (pág. 88), Museo Naval, Madrid (pág. 32 (inf.), 36 (inf.), 37, 48 (inf.), 50, 69, 70 (inf.), 83), Picture Desk, Prisma, Scala.

Ilustración de cubierta: Adquisición de una esclava en harén. Cromolitografía (hacia 1890) de Luigi Crosio

© Del texto, José Antonio Martínez Torres © De esta edición, Grupo Anaya, S.A. 2011 Juan Ignacio Luca de Tena, 15 - 28027 Madrid Depósito Legal: M-30331-2011 ISBN 978-84-667-9348-3

Printed in Spain -

Imprime: Gráficas Muriel S.A. www.anayainfantilyjuvenil.com e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

José Antonio Martínez Torres

La trata de esclavos cristianos Un tráfico de seres humanos en el Mediterráneo durante la Edad Moderna



En memoria de Petra Pavón López y Maximiliano Torres Naranjo.

<mark>Í</mark>ndice

Prólogo9
I Antes de la gran trata atlántica
1. La esclavitud en la Antigüedad11
2. La esclavitud en la Edad Media16
3. La esclavitud en el Renacimiento
2 El Mediterráneo después de la batalla de Lepanto
1. La rivalidad hispano-turca en el Mediterráneo (1512-1565)27
Lepanto, 1571: «la más alta y memorable ocasión que vieron los pasados siglos»
3. «Comercio alternativo» y «caza del hombre»
3. Corso berberisco y esclavitud cristiana
El corso berberisco: horizonte social y modelo de desarrollo económico
2. ¿Cuántos esclavos cristianos hubo en el Mediterráneo musulmán?
3. Mercados, subastas y ventas
4 La vida cotidiana de los esclavos
1. Las condiciones de vida61
2. Baños y mazmorras63
3. Trabajos, fugas y muertes
5 ¿Cómo remediar la esclavitud?
1. La solución religiosa: las redenciones trinitarias y mercedarias77
2. La solución militar: la defensa del mar82
3. La solución popular: cofradías, alfaqueques y embajadas85
<mark>6</mark> . Recuperar la libertad: la vía religiosa
1. Los preparativos y el procedimiento89
2. Las negociaciones de compra100
3. Ceremonias congratulatorias e integración105

Conclusiones

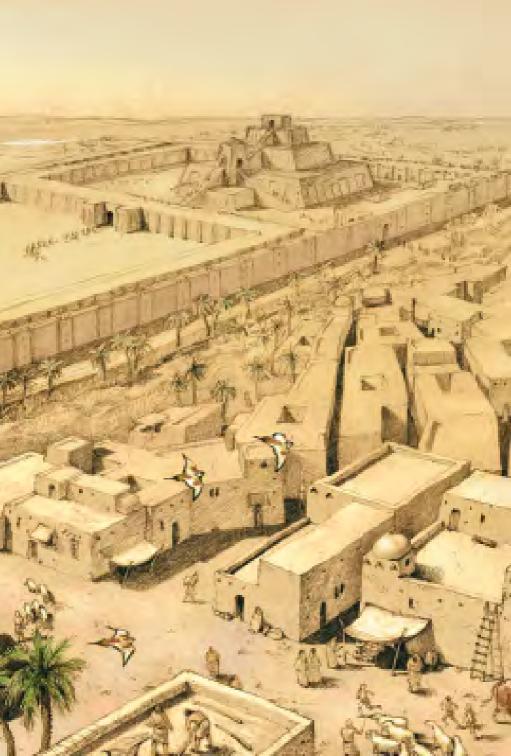
Anexos

Documentos	111
Glosario	117
Cronología	119
Bibliografía	122
Índice analítico	123
Índice onomástico	127

Prólogo

En 1441 llegaba al puerto de Lisboa el primero de los muchos barcos procedentes de la costa occidental africana con un rico y variado cargamento compuesto por doce esclavos negros, oro en polvo, marfil, sal fina y huevos de avestruz. Desde ese preciso momento hasta que se abolió la esclavitud, hacia finales del siglo xix, Europa, pero sobre todo los europeos que decidieron quedarse en América para enriquecerse y probar fortuna, forzaron a millones de africanos a trabajar en sus haciendas, plantaciones y minas. Los gobiernos más destacados de esta época, por omisión o simple desdén, desoyeron las voces críticas y decidieron lucrarse con este comercio triangular que conectaba a los tres continentes. La huella cultural que ha dejado este desgraciado borrón de nuestro pasado resulta innegable. Tanto es así que no es un exceso afirmar, como hacían algunos poderosos mercaderes brasileños a principios del siglo xvII, que «sem Angola não Brasil». Tampoco Estados Unidos sería lo que hoy es si hubiera decidido prescindir del extraordinario legado cultural de los esclavos y sus descendientes.

Sin embargo, con demasiada frecuencia se olvida que la trata atlántica, la gran trata de esclavos negros que ocupa un destacado lugar en los libros de historia universal, no surge de la nada, tiene unos antecedentes claros y precisos en la esclavitud blanca que se origina en las poblaciones del Mediterráneo durante las épocas antigua y medieval, y se desarrolla de manera espectacular entre finales de los siglos xvi y xviii debido al enfrentamiento entre la cristiandad y el islam.



1 Antes de la gran trata atlántica

Sin duda, la esclavitud es tan antigua como los primeros textos que han llegado a nuestras manos. En la Antigüedad, los esclavos negros eran una mercancía rara y exótica. Los esclavos, durante más de dos mil años, fueron mayoritariamente blancos. Todo cambió cuando un gigantesco tráfico comercial se puso en marcha entre Europa, África y América. Durante cuatro siglos entre doce y quince millones de personas fueron esclavizadas para desempeñar una serie de trabajos gravosos y fundamentales.

A la izquierda, reconstrucción ideal de la ciudad-estado sumeria de Ur.

1. La esclavitud en la Antigüedad

En el Mediterráneo, prácticamente desde que surgieron los primeros textos escritos (hacia el 3000 a.C), sabemos que hubo sociedades esclavistas. Por ejemplo, en la época de mayor esplendor de la civilización sumeria, los vencedores en las guerras solían esclavizar a los vencidos para que se ocuparan de los trabajos más infames y humillantes, como enterrar a los muertos o limpiar los establos y los corrales donde se encerraban los animales domésticos. Los esclavos sumerios, representados en las estelas funerarias y en los bajorrelieves, ocupaban el último escalón de la pirámide social, y su vestimenta, que casi siempre eran faldellines hasta las rodillas elaborados con lana de oveja o pelo de camello, no difería mucho de la de las personas de condición libre. Sin embargo, los esclavos podían identificarse porque llevaban como atributo un pequeño aro de metal en la nariz, al igual que los toros y los

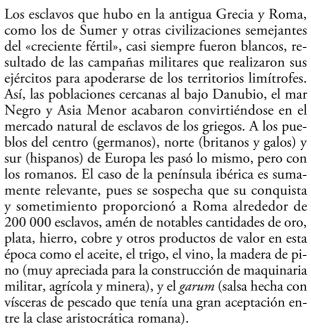
Detalle de la cara de la guerra del estandarte de Ur.





Tanto en Grecia como en Roma, los esclavos, casi siempre blancos, se obtenían mediante las campañas militares. bueyes. El esclavo y su familia, cuando la hubiere, pertenecían a su amo. Esto se constata en que los propietarios podían venderlos otra vez, castigarlos e incluso matarlos.

Muchos esclavos romanos acabaron sus días como gladiadores, luchando a muerte en los circos.





La mayoría de los esclavos romanos trabajaron como agricultores, pastores y sirvientes domésticos en las ricas villas rurales que se encontraban diseminadas por el centro y sur de la península itálica, pero no pocos acabaron sus días como gladiadores, luchando a muerte en la arena de los circos de primera y segunda categoría. Desde siempre fueron escasos los esclavos africanos. Solo los imperios egipcio y babilónico se nutrieron de negros procedentes de la antigua Nubia. La agilidad de tales esclavos hizo que fueran reclamados en ceremonias de boda y en fiestas privadas para ejecutar las principales danzas de sus lugares de origen.

Volviendo a Grecia y Roma, hay que indicar que no solo se caía en la esclavitud por acciones de guerra; sino que un ciudadano romano, también, podía verse privado de la preciada libertad siempre y cuando no hiciera frente a sus deudas. Los hijos de padres esclavos y los de madre esclava, en particular, también eran esclavos. Es más, había niños que nacían libres, pero podían convertirse en esclavos. Este era el dramático caso de los padres indigentes que, a menudo, recurrían al abandono o a la venta de sus hijos al no poder mantenerlos. Las personas que encontraban a los niños abandonados estaban asistidas por el derecho romano y podían reclamar al bebé y criarlo como esclavo o persona libre si así lo deseaban.

Todos los expertos en la esclavitud mediterránea –Finley, Jones y Westermann, sobre todo— coinciden en señalar que los esclavos fueron el principal pilar de la economía del mundo grecolatino. En Grecia, por ejemplo, hubo alrededor de 25 000 esclavos en el siglo v a.C. Y en Roma, en el siglo 11 d.C. —máximo apogeo territorial del Imperio—, unos 300 000 esclavos mantenían a 20 000 ciudadanos.

Como en los imperios antiguos, las condiciones que soportaron los esclavos en el mundo clásico fueron extraordinariamente duras y humillantes. El derecho romano definía al esclavo agrícola como *instrumentum vocale*, herramienta que habla, y lo situaba un peldaño por encima del ganado, que constituía un *instrumentum semivocale*, y dos peldaños más arriba de los aperos de labranza, que eran el *instrumentum mutum*. El esclavo, por tanto, se encontraba bajo autoridad de su amo, que podía recluirle, con cadenas y grilletes, en un

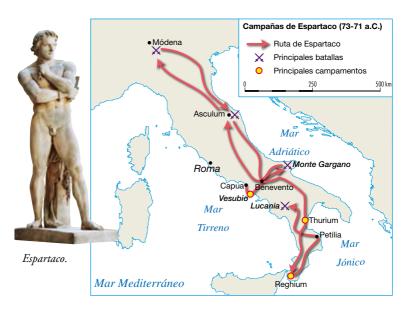


Los esclavos negros eran escasos. En el antiguo Egipto procedían de la antigua región de Nubia.

En Roma unos 300 000 esclavos mantenían a 20 000 ciudadanos.



13



Las fuerzas conjuntas de Craso y Pompeyo lograron la derrota total del ejército de Espartaco y la muerte de este en el año 71 d.C.

recinto especial (*ergástulo*) o castigarle, incluso con la muerte, después de someterle algún que otro maltrato. La disciplina fue tan severa que, para evitar que los esclavos se relacionaran entre ellos y de este modo pudieran calcular su número y potencial, las autoridades se negaron a asignarles una vestimenta distintiva como era el caso de las civilizaciones de Asia Menor.

No era fácil hacerse respetar y obedecer, sobre todo, entre los esclavos que faenaban en la región de la Campania (literalmente «campo feliz»), en el sur de Italia. Estos esclavos realizaban los trabajos agrícolas (recolección de aceituna, siembra de trigo y cebada) y ganaderos (pastoreo de cabras y ovejas) sin demasiada vigilancia, y esto posibilitó el que no se pudiera evitar el estallido de tres importantes rebeliones casi consecutivas.

Las revueltas de esclavos, cuyos propósitos –buscaban la obtención de la libertad individual más que la supresión de la esclavitud como sistema— y resultados fueron similares, comenzaron con la primera guerra de los esclavos sicilianos entre los años 139 o 135 y el 132 a.C.; continuaron con una segunda contienda, también en Sicilia, entre los años 104 y 100 a.C., y terminaron con la insurrección masiva entre los años 73 y

71 a.C., organizada por Espartaco (113 a.C.-71 a.C.) y otros gladiadores en las poblaciones del sur de Italia. Sin duda esta rebelión es la más conocida gracias a la película dirigida por Stanley Kubrick, en 1960, y protagonizada por Kirk Douglas. Hoy, su visionado nos da buena cuenta de cómo los métodos de control de los romanos de esta época aún no estaban lo bastante perfeccionados para hacer frente a la masiva afluencia de esclavos. Las negociaciones del Senado de Roma con otros pueblos enemigos, los piratas cilicios en este caso, resultaron fundamental para sofocar una revuelta que tuvo un gran eco en la época, tanto que llegó a movilizar al poderoso general y triunviro Marco Licinio Craso (115 a.C.-53 a.C) al frente de ocho legiones (unos 40 000 hombres).

Un grupo muy especial dentro del conjunto de esclavos que hubo en Roma fue la familia Caesaris (literalmente traducido como «la familia del emperador»). Los esclavos, que pertenecían a la familia Caesaris, se dividían en dos categorías: el personal de la casa imperial y el que ayudaba en las tareas administrativas. Las obligaciones de los esclavos de la casa imperial requieren pocas explicaciones, pero el grupo que auxiliaba en trabajos burocráticos sí merecen alguna. Los esclavos, que ayudaban a los funcionarios imperiales, tenían un grado de instrucción mayor que el resto -casi todos leían y escribían en latín y griego-, solían gestionar los archivos y las bibliotecas, cobraban los impuestos, dirigían el funcionamiento de las minas y los acueductos -fundamentales para regular el abastecimiento de agua a las poblaciones-, e incluso los grandes talleres de cuentas de vidrio e hilaturas de lana y lino que había a las afueras de Roma. Algunos emperadores como Caracalla (188-217) prefirieron reclutar sus esclavos entre los escitas, pueblo tachado por el historiador y senador romano Dion Casio (155-229) de dócil y excelente para el servicio doméstico. Obviamente, la situación de estos esclavos fue diferente a la del resto, pues podían esperar la manumisión de su propietario, y no era raro verlos prestar dinero o invertir por su cuenta y riesgo en pequeños pero prósperos negocios.



